

ALFAGUARA



Sergio Álvarez

35muertos

Para todos nosotros

*Los hechos narrados en este libro son fruto de la ficción;
cualquier parecido con situaciones o personajes reales
es pura, purita, coincidencia.*

*me lleva él o me lo llevo yo,
pa' que se acabe la vaina...*

EMILIANO ZULETA

*ese muerto no lo cargo yo,
que lo cargue el que lo mató...*

Botones cometió el último crimen nueve meses después de muerto; mientras vivió y anduvo suelto por Colombia asesinó a trescientos veinticuatro ingenuos que tuvieron la mala suerte o el atrevimiento de cruzarse con la rabia, las ambiciones o las armas que el bandolero siempre escondió bajo la ropa. Como todo buen asesino, Botones siguió matando mientras se pudría en el cementerio. No tuvo que gastar una bala más, ni apuñalar a otra víctima ni forzar las muñecas para ahorcar al condenado. Le bastó con mi humilde ayuda. Fui yo, güevón desde antes de nacer, quien rasgó las carnes de la parturienta y dio origen a la hemorragia que añadió otra muerte al listado de crímenes cometidos por este ex cabo del ejército. El bandolero se había echado un polvazo con Cándida, había convertido el orgasmo en siesta y se había despertado nostálgico y con ganas de oír a Javier Solís. Ponía la aguja sobre el acetato, cuando el instinto de matón le alertó que lo rodeaba un silencio peligroso. ¡Cándida!, gritó Botones, y al ver que la mujer se había ido, recordó la devoción con la que lo había amado y se sintió aún más intranquilo. Se asomó a la ventana, revisó la calle y, a pesar de la soledad y el silencio, pudo ver el casco de uno de los miles de soldados que el ejército había desplegado para cercarlo. ¡Perra traidora!, escupió Botones, se puso los pantalones y corrió a inspeccionar la casa. Al llegar al patio trasero, el instinto de

matón lo volvió a proteger y, en vez de salir, asomó el sombrero y casi que vio rebotar contra las baldosas la bala que agujereó el fieltro. No había ruta de escape. Botones regresó al interior, les avisó a Víctor y a Emma, el matrimonio que lo acompañaba, del cerco de los militares, les aconsejó que escondieran los hijos y les ordenó que, si alguien golpeaba a la puerta, abrieran rápido y actuaran con normalidad. Y si preguntan por mí, dicen que no me conocen, que nunca me han visto, añadió con la sonrisa fría con la que solía acompañar las órdenes. El bandolero regresó al cuarto, agarró la ametralladora, se acurrucó en un rincón e intentó acallar la tos que también lo perseguía. Había escapado de cercos idénticos y pensó que si lograba contener el primer asalto, podría resistir hasta la noche y aprovechar la oscuridad para huir. Corría junio de 1965, Bogotá había dejado de ser un pueblo apagado por el frío y la llovizna para convertirse en una ciudad bulliciosa y colorida gracias a las ilusiones que buscaban en las calles los miles de desplazados de la última oleada de violencia. No había industria, comercio ni carros, los tugurios aún no se habían tragado la sabana y la ciudad crecía protegida por el verdor de unos cerros donde el sol jugueteaba con los mismos tonos verdes que teñían los uniformes de los militares. Alirio Beltrán, entréguese y a cambio se le respetará la vida, anunció en la calle una voz militar amplificadas por un megáfono. Botones no contestó, sabía que el ejército lo tenía condenado a muerte y que la oferta era tan sólo una manera más de decirle que esta vez no lo iban a dejar escapar, que por fin iban a librarse de él. Hay que entrar, ese bandido no va a entregarse, dijo Arellana, el coronel que dirigía el asalto. Rogelio y el Indio, los dos agentes secretos que habían

sobornado a Cándida, asintieron y, seguidos por un teniente y un par de soldados, cruzaron la calle y tocaron a la puerta de la casa donde estaba escondido Botones. ¿Y esa habitación cerrada?, preguntó Rogelio al matrimonio, después de revisar sin resultados el resto de la casa. Es de un inquilino que está de viaje y dejó la pieza con llave, contestó Emma. Rogelio miró dentro de los ojos de la mujer. Tumben esa puerta, ordenó el Indio. Los golpes de los fusiles hicieron saltar la cerradura, y detectives y militares quedaron frente a un cuarto oscuro y maloliente que bien podría ser la entrada del infierno. Cúbranme, dijo el Indio y dio el paso necesario para cruzar el umbral del infierno. ¡Esperel!, gritó Rogelio, pero el Indio no alcanzó a oírlo; la oscuridad y el mal olor fueron rotos por los fognazos y el tartamudeo de la ametralladora de Botones. Al ver caer al Indio, Rogelio, el teniente y los soldados se atrincheraron y respondieron al fuego. Acabaron la munición sin poder asaltar el cuarto y no tuvieron más opción que pedir una tregua. ¡Claro!, un descansito nos viene bien a todos, tosió Botones. Rogelio y los militares salieron de la casa arrastrando el cadáver del Indio, y Alirio Beltrán aprovechó para acomodar armarios, mesas y colchones contra puertas y ventanas. A partir de ese instante, siempre que algún soldado intentaba asaltar la casa, un tiro certero lo hacía retroceder: a veces hacia el sitio que le servía de refugio y otras hacia la muerte. Cinco horas y media, trescientos treinta minutos, casi un minuto por cada uno de sus crímenes, resistió Botones al acoso de unos militares que no sólo le temían, sino que lo admiraban más a él que al coronel con fama de traidor y chulavita que los comandaba. Mientras la balacera subía y bajaba de intensidad, la noche mordió el atardecer y

Nidia Lozano llegó a casa y llamó a la suegra para preguntarle si Rubén, el soldado que dos noches atrás le había propuesto matrimonio, formaba parte del operativo militar. Claro, mi hijo tiene tan mala suerte que dónde más iba a estar, contestó la suegra. Nidia se tomó un tinto y se encerró en el cuarto a pedirle a la Virgen de Chiquinquirá que la ayudara y que no permitiera que Rubén cayera asesinado por las balas de Botones. Pero, entre el ruido de tanto plomo, de los cañones y del rumbor de los motores de los tanques y del avión militar que acosaban a Botones, la Virgen no alcanzó a oír las peticiones de la mujer. Así que cuando terminaron los rezos de Nidia, Rubén estaba muerto. Y aunque el disparo de Botones destrozó la nariz, la boca y la frente de Rubén, más grande fue el hueco que hizo en el corazón de Nidia. Dos años llevaba la muchacha eludiendo las manos del soldado y negándole la pruebita de amor a pesar de que, cada vez que él la tocaba, sentía la vida escurrírsele entre las piernas. Pasada la medianoche, Nidia dejó de rezar, cruzó las calles que conducían al lugar del combate, forcejeó con los soldados que custodiaban los cadáveres y consiguió confirmar que entre los cuerpos tendidos en el andén estaba el cuerpo de Rubén. Acarició el rostro del soldado e intentó llorar, pero las lágrimas se negaron a darle alivio y más que tristeza sintió rabia. La carne fría y las ropas manchadas por la sangre le hicieron entender que era la virgen más ingenua del planeta; más ingenua, más inútil y más sorda que la Virgen de Chiquinquirá. El frío terminó de entristecerla, Nidia miró la única estrella que había en el cielo y decidió que no iba a pasar sola ni una noche más, que ella no iba a ser otra víctima de esa batalla. Tapó el cuerpo de Rubén, bajó por la Veintisiete sur, llegó a la Caracas y buscó la entrada de un depósito

de materiales para construcción al que iba las mañanas de los sábados a poner en orden la contabilidad. ¿Quién es?, preguntó Fabio Coral, el dueño del depósito. Nidia se atragantó y no pudo contestar. Fabio iba a dar media vuelta para buscar la escopeta cuando Nidia se desmayó. El golpe del cuerpo contra el suelo y el pedazo de falda que alcanzó a ver le quitaron el miedo a Coral y le hicieron abrir la puerta. El cuarentón, que llevaba años soñando con desposar a Nidia, cumplió con la ilusión de llevarla en brazos hasta la cama, pero como ella no recobró la conciencia, no tuvo más remedio que dejar de mirarle las piernas e ir a buscar un vaso de agua. Se demoró en lavar el vaso y cuando regresó al cuarto ella estaba sentada sobre la cama y miraba los afiches de mujeres desnudas que cubrían las paredes de la habitación. Tal vez aquel no era el lugar más indicado para pasar la primera noche de viudez, pero ¿adónde más podía ir? No quería estar sola, quería sentir calor y llorar en un sitio donde alguien la escuchara y, sobre todo, no se burlara de ella. ¿Y quién mejor para acompañarla que Fabio Coral? El hombre llevaba meses rogándole que le aceptara una invitación a salir, le pagaba por unas horas de trabajo tanto como le pagaban en el restaurante por ser cajera toda la semana e, incluso, el domingo pasado le había adelantado una quincena para que ella pudiera celebrarle el cumpleaños a Rubén. Nidia contó la historia, lloró, se lamentó, aceptó recostarse en la cama, le pidió a Fabio que la abrazara y, cuando las manos de él empezaron a acariciarle los senos, apretó los labios y dejó que la humedad que tanto había temido los últimos años la inundara. Fabio la desnudó, se desnudó y unos segundos después Nidia conocía mejor el cuerpo de Coral que el cuerpo de Rubén. Mientras Fabio intentaba besarla, Ni-

dia recordó los juegos eróticos que Rubén describía y supo que Fabio jamás había hablado con Rubén, porque lo que hacía era torpe y agresivo. ¡Tan duro no!, protestó Nidia. Perdona, dijo Fabio, y quedó desconcertado. Nidia supo que lo que no pasara en ese momento, no iba a pasar nunca y cerró los ojos, se puso boca arriba y abrió las piernas. Fabio se montó sobre ella. Nidia lo dejó que hiciera los movimientos de que era capaz y, cuando sintió que él desfallecía, se apretó contra él y se puso a llorar. Quiero que vivamos juntos, le dijo él apenas recobró el aliento. En esta piecita no le cabe una mujer, sólo esa porquería de afiches, contestó Nidia. Podemos hacer otra pieza, materiales sobran, sonrió Fabio. Nidia iba a negarse de nuevo, pero un vacío en el estómago le hizo presentir que había quedado embarazada y decidió callar. Mi mamá asistió a los funerales de Rubén, consoló a la ex suegra, aguantó los pésames de los militares, tiró a la basura la condecoración que Arellana puso sobre el ataúd y, pasadas las nueve noches de rezos en memoria del difunto, empacó sus pertenencias en una caja de cartón y recorrió las calles que la llevaban desde la pieza donde vivía hasta la entrada del depósito de materiales para construcción El Porvenir. En el camino tropezó con las flores, los escapularios y las ofrendas que gentes venidas de toda Colombia ponían sobre los escombros de la casa donde había muerto Botones, y sintió ganas de patearlo todo, pero alzó la mirada, intentó perdonar y continuó su camino. Los polvos que remplazaron las torpezas de la primera noche y las conversaciones en las que se contaron la vida ayudaron a que entre mis papás surgiera una intimidad que con el transcurrir de las semanas pareció convertirse en amor. Un amor que hizo fácil el embarazo de Nidia, que recibió la bendición del

cura del barrio y que hizo felices a los clientes del depósito porque mi papá lo expresaba fiando los materiales y dando buenos descuentos a los compradores. La gente decía que aquellos descuentos eran uno más de los muchos milagros que el alma de Botones andaba haciendo por Colombia. Mi papá también creyó en milagros y, cada noche antes de dormirse, le daba las gracias al bandido por haber matado a Rubén Mejía Rincón. El viejo dormía abrazado a mi mamá, se levantaba temprano, hacía tinto, prendía el radio para oír noticias, abría el depósito y regaba sobre el mostrador los filtros para la buena suerte que le había comprado a una bruja. Vivía silbando canciones, hizo construir la habitación nueva y, un sábado, se escapó hasta los almacenes de la Once y compró ropa para estar más presentable ante mi mamá y ante las visitas que ella recibía. Una noche, cuando estábamos sentados frente al barranco desde el que después se suicidó, el viejo me contó entre lágrimas que cuando la veía dormir se ponía a llorar de felicidad. Mi mamá se tomaba el tinto que mi papá le llevaba, pereceaba otro ratito, preparaba el desayuno y pasaba el resto de la mañana revisando el inventario y paseando la barriga por El Porvenir. Al mediodía preparaba el almuerzo y en la tarde se sentaba en el cuarto a tejer ropa para mí. Fueron días felices, o al menos eso creyó mi papá que, igual que yo, nunca aprendió que en este mundo los sentimientos no transmutan ni son reciclables. Mi mamá no sólo tejía con las agujas, sino que tejía también la vida y los sentimientos propios con la vida y los sentimientos de mi papá. El día que mi mamá rompió aguas, ambos pensaron que habían llegado a la última curva antes de la recta de la felicidad. En una maleta metieron pijamas, levantadoras y pañales, y en la

camioneta del depósito recorrieron nerviosos la Caracas hasta llegar a la Plaza de los Mártires, bajaron por la Once y pararon junto a la entrada del Hospital de San José. Ese niño viene con ímpetu, dijo el médico, y mi papá sonrió orgulloso. Mi mamá subió a la camilla y mi papá se sentó a esperar la buena nueva sin imaginar que en el mismo momento en que yo asomara y viera el planeta en el que siempre iba a estar perdido, dentro de mi mamá iba a empezar una hemorragia. Parecía un síntoma normal, pero fue arreciando y ni la profunda alegría que mi mamá sintió cuando me tuvo en los brazos ni los especialistas que mi papá corrió a buscar cuando los médicos del San José se mostraron impotentes para contener el desangre, ayudaron a curar a mi vieja. Está en manos de Dios, dijo el último ginecólogo que la examinó. Mi papá le dio un puñetazo y le dijo que era un ladrón y que no iba a pagarle tan sólo por decir lo mismo que podía decir un cura. El escándalo no cambió el diagnóstico del ginecólogo, pero sirvió para despertar a mi mamá. Es mejor resignarse, Fabio, dijo mi vieja. No voy a resignarme, respondió mi papá. Mi mamá volvió a cerrar los ojos. Mi papá se quedó mirándola, vio en la cara de ella la misma expresión que llevaba la noche que fue a golpear a la puerta de El Porvenir y pensó en Botones. Recordó que, como lo había planeado, Botones había resistido hasta la llegada de la noche. Desesperado, Arellana mandó a llamar a Castillo, un mayor al que odiaba pero que acababa de hacer un curso sobre gases tóxicos en los Estados Unidos, y le pidió el favor de que le diera apoyo. Castillo desplegó su equipo y fumigó la casa donde resistía Botones con bombas flig. Los gases no sólo enceguecieron y aturdieron a Alirio Beltrán, sino que obstruyeron todavía más los pulmones del bandole-

ro. Herido en una mano y ahogado por los gases, Botones intentó apagar a tiros los reflectores que el ejército había instalado para impedir que usara la oscuridad para escapar. Falló por primera vez en la vida y la calle siguió iluminada, dispuesta a servir de escenario para la escena de su muerte. Botones recargó la ametralladora, saltó por el hueco que uno de los cañones de artillería había abierto en la fachada de la casa y corrió en zigzag y dando zancadas en el afán de evitar las balas. El público presente y los locutores de radio que transmitían en directo la batalla tuvieron el honor de ver al asesino más temible de Colombia convertido en una gacela tímida y asustada. La buena suerte de Botones había acabado, pero su puntería regresó por un instante y logró matar a un soldado que estaba escondido debajo de una carrocería estacionada enfrente de la casa. Eso sí, no alcanzó a usar aquella carrocería de refugio ni mucho menos a saltar la tapia de tierra que lo separaba del potrero por donde planeaba huir. Una ráfaga de disparos lo detuvo. Dispararon los soldados, los suboficiales, los oficiales, Arellana y hasta el mayor Castillo, pero sólo una bala acertó en el cuerpo de Botones. El plomo se clavó justo en la nuca y lo dejó tendido en el suelo. Tal vez no había más remedio que matarlo, tampoco lo iban a dejar escapar, concluyó mi papá al final de aquel recuerdo. Mi viejo se puso filosófico y pensó que también mi mamá había intentado aquella misma noche una fuga y que también a ella el destino le estaba negando la posibilidad de huir de la muerte. Pero habría sido mejor que mi papá no hubiera pensado en fugas y mucho menos que se hubiera acordado de Botones porque, como si lo hubieran oído, los fantasmas de tantos muertos que habitan Colombia empezaron a rondar la habitación del

Hospital de San José. Es una lástima tener que morirte cuando uno es tan feliz, dijo mi mamá. No vas a morirte, contestó mi papá. Seamos sinceros, Fabio, ambos sabemos que no hay remedio, es más, siento que es Rubén quien me está llamando, debe de ser que todavía me quiere y espera que lo acompañe en la tumba. Seguro que se siente solo, muy solo.

*yo soy la muerte, yo soy la muerte,
la muerte soy,
yo soy la muerte...*

¿Y por qué tan impresionado?
Es que es berraco.
¿Berraco qué?
Ver todos esos cadáveres, los heridos...
Uff...
Y los que se salvaron, llorando del susto.
Mejor no cuente, que me pone la carne de gallina.
Necesito hablar, si no hablo, me estallo.
Usted ya no estalla; si no estalló con la bomba...
No bromea con esas cosas.
Entonces qué hago, ¿me pongo a llorar?
Tampoco, pero respete un poquito.
Bueno, perdone...
Necesito llorar.
Llore, así se calla.
¿Otra vez burlándose?
Huy, usted está muy jarto, mejor me voy.
No, no, no me vaya a dejar solo.
¿Le da miedo?
No, pero no quiero estar solo.

Me quedo, pero me deja hablar.
Hable, pero no se burle.
Bueno, pero ya deje la cara trágica...
Ya le dije que no puedo.
Inténtelo, da cagada verlo hablar llorando.
Es que fue muy tenaz ver los pedazos de gente
por ahí.
Cálmese, más bien tome un sorbo de cerveza.
No me entra.
Abra la boca.
Gracias, me vuelve el alma al cuerpo.
Ojalá, porque la necesita.
Tiene razón hermano, necesito un alma...
Ya, tranquilo...
Había un niño y me le acerqué y todavía gemía.
Tome, tome otro sorbo...
Gracias, hermano, usted es un santo.
La verdad sí, después de saber lo que hace esa
gente, sí, soy un santo...

*lo que pasa es que la banda está borracha,
está borracha...*

Mi papá decía que una muerte en el momento oportuno le daba aliento a la vida; sin embargo, la muerte de mi mamá no sólo le acabó las pretensiones de filósofo de barrio, sino que lo dejó sin fuerzas para seguir viviendo. El viejo salió del hospital, caminó hasta el banco, retiró dinero, se montó en la camioneta y, conmigo en la otra silla, manejó hasta el atrio de la iglesia del Olaya. Ayúdeme a organizar el entierro, yo no soy capaz, le dijo al padre Serna mientras tragaba lágrimas. Se

fue de la iglesia, llegó a la casa de Esneda, una vecina que vivía enamorada de él, le entregó otros billetes y, sin siquiera mirarme, me dejó en sus brazos. Después guardó el dinero que le quedaba, volvió a subir a la camioneta y manejó hasta La Góndola, un bar de mala muerte que había en la esquina de la Décima con Cuarta. A mi mamá la enterraron el padre Serna, Cristinita, la única hermana de mi mamá, un puñado de vecinos y unos cuantos curiosos. Fue un funeral triste porque Esneda se empeñó en llevarme y no paré de llorar, porque llovió todo el tiempo y porque mi papá, aunque el cura lo mandó a llamar y lo esperó varias horas, no apareció por el cementerio. El viejo estuvo bebiendo más de una semana en La Góndola, pasando la cerveza con lágrimas y dejando que el tiempo se fuera mientras ponía una y otra vez en la rocola *Nuestro juramento*, de Julio Jaramillo. *Si tú mueres primero, yo te prometo, escribiré la historia de nuestro amor, con toda el alma llena de sentimiento, la escribiré con sangre, con tinta sangre, del corazón*, cantaba hasta que se quedaba dormido sobre la mesa. El dinero se acabó e intentó pagar con el reloj, pero la Avispa, una mujer que había comprado el bar hacía poco y a la que no le gustaban los empeños, se negó a recibírselo. Es hora de que sea varón y vuelva a la casa, le dijo. Mi papá le rogó, lloró, se hizo el desprotegido y, como la lástima no le funcionó, intentó conseguir el licor gritando y poniéndose agresivo. La Avispa soltó un bramido y dos hombres a medio vestir salieron de detrás de una cortina y no se demoraron más de un segundo en echar a mi viejo de La Góndola. El viejo se tragó la sangre y el orgullo y se subió a la camioneta, pero no pudo ni siquiera prenderla porque había perdido las llaves en la pelea. Desorientado, se puso a caminar; mientras lo

hacía, le entró un arranque de arrepentimiento y decidió ir a visitar la tumba de mi madre. Era de madrugada y tuvo que saltar la reja del cementerio para poder entrar. Pasó junto a los mausoleos de los próceres de la patria, siguió por el camino circular que lleva a las galerías de los muertos anónimos y buscó hasta encontrar la tumba marcada con el nombre de Nidia Lozano Suárez. Se paró frente a la lápida y leyó una y otra vez las palabras escritas en el mármol, pasando los dedos encima de ellas como si fuera ciego y el nombre de mi mamá estuviera escrito en braille. Un rato después la soledad y el llanto lo vencieron y se quedó dormido. Esneda, que usaba parte del dinero que mi papá le había dejado para cambiar las flores de la tumba de mi vieja, lo encontró dormido y medio empeloto, porque algún doliente había llegado antes que ella y había decidido aprovechar la borrachera del viejo para hacerse a un vestido de paño y un par de zapatos nuevos. Un caldo de costilla cura cualquier pena, le dijo Esneda a mi papá cuando lo vio despertar y corrió a servirle la comida que le tenía preparada. El viejo le hizo caso y ella aprovechó para llevarme a casa e instalarme en la cuna que él mismo había comprado para recibirme. Al anoecer, cuando mi llanto lo desesperó, mi papá se levantó, me envolvió en un cobertor y volvió a llevarme a casa de Esneda. No soy capaz de oírlo llorar, confesó, y salió directo a beber a una tienda. En esas siguió de ahí en adelante, se tomaba el primer trago de aguardiente apenas despertaba, mantenía la botella debajo del mostrador para ir tomando de ella durante el día; en la tarde cerraba El Porvenir e iba a beber con los amigos, y cuando lo echaban de las tiendas volvía a casa, buscaba en la alacena de la cocina otra botella de aguardiente y se encerraba en la habitación

que había mandado construir para mi madre a seguir bebiendo y oyendo a Julio Jaramillo. El alcohol le agrietó las cualidades de buen negociante y empezó a acabar con el dinero que había acumulado durante los años que llevaba en Bogotá. Un par de meses más de borrachera y habría conseguido quedarse sin dinero, pero la vida es caprichosa y quería que la ruina de mi padre se materializara de una manera más cruel. Un amanecer, entró a casa y, al abrir la alacena, descubrió que había olvidado comprar el aguardiente. Borracho, sacó la camioneta del garaje y cogió por la Caracas, llegó a la Veintidós y se desencantó al confirmar que La Sultana, la única cigarrería que solía abrir a esa hora, estaba cerrada. Terco como siempre, el viejo pisó el acelerador y siguió en busca del bar de la Avispa. No alcanzó a llegar, el semáforo de la Primera estaba en rojo, mi papá se lo saltó y estrelló la camioneta contra un taxi que intentaba llevar a la Hortúa a unos hombres que habían sido heridos en una pelea callejera en el barrio Santander. Los carros quedaron como acordeones y mi viejo perdió la conciencia y sólo la recobró cuando lo sacaron del calabozo para llevarlo a la Cárcel Distrital. Desde la enfermería de la cárcel, mi papá llamó a Esneda y la mujer tuvo que gastar dos mañanas en el Telecom del Restrepo para ubicar en Barbacoas, un alejado pueblo de Nariño, a un hombre llamado Martín Navarro. Navarro la escuchó con calma, le hizo un par de bromas sobre el mal carácter de mi padre, le contó que se habían conocido en una mina de oro y le dijo que iría a Bogotá a ponerse al frente de la situación. Barbacoas quedaba lejos, estaba incomunicado del centro del país y Navarro se demoró quince días en llegar, pero apenas apareció, abandonó en un corredor del depósito la ma-

leta y la guitarra que llevaba y salió directo para la Distrital. De la cárcel fue al juzgado y, después de reírse con el secretario de las locuras de mi viejo, consiguió una cita con el juez que llevaba el caso. El juez, un hombre igual de bonachón que Navarro, aceptó tomarse unos aguardientes y le prometió a Martín que dejaría libre a mi padre si indemnizaba al dueño del taxi y si conseguía que los dos heridos que había vuelto a herir retiraran la denuncia por lesiones personales. Martín obedeció al juez, repitió con los familiares de los heridos el ritual del aguardiente y, al son de unos boleros que interpretó con melancolía, les ofreció como indemnización los ahorros que le quedaban a mi papá. ¿Por qué no lo cuidamos entre los dos?, le preguntó Esneda a mi papá cuando salió de la cárcel y fue a recogerme a casa de ella. Podría ser, pero déjemelo unos días, quiero ponerme al frente de mi vida, contestó mi viejo. Esneda ayudó a barrer y a organizar mi cuarto, mi papá se esforzó en bañarme, cambiarme los pañales y darme tetero y, sobre todo, intentó aceptar que mi mamá había muerto y que no estaría para cuidarnos ni a él ni a mí. Así duramos varias semanas, el viejo trabajaba duro e intentaba estar a mi lado. Martín ejercía de tío y Esneda vivía pendiente de los detalles que eran incapaces de percibir los dos hombres. Fue otra tregua corta. Una mañana, sonó el teléfono, mi padre corrió a contestarlo y tropezó con la voz de Jorge Aguirre, el gerente de la distribuidora que proveía de cemento y arenas a El Porvenir. Tengo orden de embargarlo, dijo Aguirre. Usted sabe que si me da unas semanas podré pagar, dijo mi viejo. No puedo, insistió Aguirre, y mi papá empezó a tratarlo de traidor y a recordarle las decenas de veces que le había hecho pagos anticipados para ayudarle a solventar los problemas eco-

nómicos de la distribuidora. Una semana después llegó la notificación del embargo. Mi pobre viejo empezó una larga peregrinación, primero de juzgado en juzgado intentando ganar tiempo y después de amigo en amigo tratando de conseguir dinero prestado, pero ¿quién le iba a prestar plata a un borracho que acababa de salir de la cárcel? Con la noticia del embargo, los demás proveedores se negaron a seguir despachando mercancías y El Porvenir se acabó. Martín intentó ayudar, pero no conocía a nadie en Bogotá ni tenía dinero y, para completar la desgracia, mi padre empezó a tratarlo mal. Le incomodaba cada sugerencia que salía de la boca del tío y creía que era una desconsideración que Martín se pusiera a tocar guitarra y a cantar mientras él sufría por la angustia que le producía el desalojo. El día que la policía llegó a hacer el desahucio, Martín había salido a comprar los pasajes para volver a Barbacoas y en El Porvenir sólo estábamos el viejo y yo. Mi papá besó la foto de mi madre que guardaba en la billetera, alistó la escopeta y decidió que iba a hacer lo mismo que había hecho Botones. Bloqueó la entrada del depósito con los bultos de cemento que le debía a Jorge Aguirre y, cuando la policía asomó por la esquina de la calle, hizo un disparo al aire y les exigió que se fueran por donde habían llegado. De aquí sólo me sacan muerto, amenazó. Ayúdeme con ese loco, le dijo a Martín el sargento de policía que dirigía el desahucio cuando lo vio aparecer por la esquina de la casa. Martín caminó hasta la entrada del depósito. ¿Qué hace, hermano?, le dijo. Defiéndolo mío, contestó mi papá. Esta no es la manera, añadió Martín. No veo otra, replicó mi papá. Deme el arma y nos evitamos problemas, dijo Martín. No, dijo mi papá, y le apuntó al tío. ¿Me va a matar?, preguntó

Martín. Si toca, sí. ¡Se le corrió una teja!, exclamó Martín. Si no me va a ayudar, es mejor que se vaya, amenazó mi papá. Al menos déjeme entrar a recoger mis cosas, contestó Martín. Entre, pero no me vaya a salir con bobadas, aceptó el viejo. Navarro saltó por encima de los bultos y siguió de largo. En lugar de hacer la maleta, se puso a pensar cómo solucionar el problema y de tanto darle vueltas y vueltas a la situación se acordó de una botella de aguardiente que tenía escondida en el equipaje. Cogió la botella, fue a mi habitación, me alzó y caminó hasta donde estaba mi padre. Después de ponerme entre el viejo y él, sacó la botella de aguardiente. Fabio, tantas semanas sin tomarse un trago lo están enloqueciendo. A mi papá le brillaron los ojos. ¿Quiere un trago? No, contestó mi papá. Uno solo, para relajarse. No, lo único que quiero es que no vengan a robarme, que me respeten el trabajo. Uno de despedida, hermano, estamos en la guerra y puede ser la última vez que nos veamos, dijo Martín. Mi papá sonrió con tristeza, soltó la escopeta y agarró la botella. Era la primera vez que bebía desde que había salido de la cárcel y, de verdad, el sorbo de aguardiente lo relajó. Igual, de aquí no me muevo, dijo. Fresco, sólo nos estamos despidiendo, dijo Martín. El viejo se tomó el segundo trago y repitió que no se iba a dejar sacar, se tomó el tercer trago y empezó a dudar sobre la eficacia de lo que hacía. Al llegar al sexto, empezó a llorar, a caminar por el patio y a hablar sobre lo que era justo e injusto en este mundo. Después describió las parrandas que había disfrutado en compañía de Aguirre y, por último, se puso a evocar a mi mamá. Navarro lo dejó desahogarse, le sirvió el séptimo trago y le dijo: Vámonos para el pueblo, esta ciudad no sólo es muy fría, sino que lo tiene salado; va

a ver que el calorcito de Barbacoas le saca tanta tragedia del corazón. El viejo siguió llorando. Piense en ese pelao, hermano, el chino no tiene la culpa de nada. Mi papá me miró. ¿Entonces?, preguntó Martín. Mi papá asintió con la cabeza. Tiene razón, hermano, esto no es más que una tontería. Vaya usted mismo y dígaselo al sargento, dijo Martín. Mi papá se tomó otro trago, se secó las lágrimas, saltó por encima de los bultos que hacían las veces de trinchera, caminó hasta donde esperaban los policías y le pidió al sargento dos días para hacer el trasteo y entregar el lote sin resistencia. Es un trato, contestó el policía a pesar de las reticencias de Jorge Aguirre, que también estaba en el lugar. Mi papá se acercó a su antiguo amigo. Ahí tiene el trabajo de toda mi vida, espero que lo destruya a usted de la misma forma en que me ha destruido a mí, dijo, y le escupió en la cara. Aguirre ni se movió. El viejo le dio un apretón de manos al sargento, volvió al depósito, me puso sobre sus piernas y se sentó, en compañía de Martín Navarro y de sus boleros, a tomarse el poco aguardiente que quedaba en la botella.

*Yo no quiero que me hablen de penas ni sentimientos,
yo quiero vivir mi vida alegre, feliz, contento...*

Fácil, compadre. Coge el muerto, le acerca el machete a la garganta y corta bien derecho, sin torcerse ni para arriba ni para abajo. Después profundiza con cuidado, no va y sea que corte la lengua y se tire el trabajo. Mete la mano y saca la lengua por el agujero que ha hecho en el cuello. Nadie se lo imagina, pero las lenguas son muy largas y cuando uno las ve salir por entre la carne abierta entiende por qué la gente no se calla ja-

más, por qué habla tanta mierda. Ya con la lengua afuera, pone el muerto en el piso, junto a los otros, y, si todavía no está tieso, le endereza los brazos y los pies. La gracia es que el cuerpo y la lengua queden alineados, como haciendo juego, para que valga la pena tomarse la molestia de ponerle la corbatica.

*qué risa me da el que se suicida,
dejando lo bello que tiene la vida...*

La vida habría ido bien, mi viejo se habría amanecido con una negra culona y cariñosa y yo me habría convertido en un comerciante barrigón y padre de una jauría de bastardos si en Colombia, en esa misma Colombia que nos había echado de Bogotá y que sólo iba a Barbacoas a robarse el oro que guardaba la tierra, unos políticos no hubieran necesitado también robarse unas elecciones. Más se demoró mi viejo en llegar a Barbacoas que en retomar el comercio minorista de oro. El hombre era buen mercader y cumplía con las dos reglas que ayudaban a prosperar en la minería barbacooana: era atento con las putas y sabía beber aguardiente con los mineros. Con el calorcito y los buenos negocios, mi papá recobró el instinto paternal. En el día yo era la sombra pequeña del viejo y en las noches me mecía junto a él en una hamaca, mientras Toña, una negra de unos quince años que algunas veces se quedaba a dormir en casa, fritaba pescado y nos lo servía acompañado de yuca y patacones. Los sábados, el hombre me llevaba a ver los partidos de fútbol y los domingos íbamos a bañarnos al río, a disfrutar de la libertad de vagar por la selva y a recordar a mamá, sentados al borde de un barranco...